

El TAIZÉ de los sesenta...

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

No sé exactamente qué año. Este ecuménico monasterio me era conocido por revistas religiosas. Quise conocerlo de cerca. Nos fuimos con la tienda de campaña, el saco de dormir, alimentos y un camping gas para prepararlos, metidos en un mítico 2Cv de Citroen. Nos costó llegar y encontrarlo. Ni en la oficina de turismo de Lyon supieron informarnos por donde se iba, pero finalmente llegamos. Una flecha indicaba "accueil" y hacia allí nos dirigimos. "entrée", rezaba otro letrero. Al llegar leímos: toca el timbre, entra y descansa, y así lo hicimos. Encima de una mesita se leía: siéntate, un Hermano baja a saludarte. De acuerdo.

Al cabo de poco llegó Fr Robert, nos saludó y le saludamos. Nos presentamos y manifesté a qué íbamos, quienes éramos y qué era lo que nos interesaba. Empezó él explicándonos los inicios de la aventura espiritual iniciada por Fr Roger. Dejó muy claro que desde el inicio, al pequeño grupo les movía una vocación que se expresaba diciendo: el Cristo histórico sufrió una atroz pasión y cruz, el Cristo místico sufre ahora la aflicción de la división de las iglesias. Humildemente aquel puñado de hermanos buscaba un lugar de intercesión. Fr Roger sabía que la vida contemplativa ya no existía en la Reforma. Escogieron la colina de Taizé, territorio que había pertenecido al monasterio de Cluny, factor que fue de general reforma de la vida monástica, caído después en aburguesamiento. Sus habitantes eran en general gentes alejados de la Iglesia. Solicitaron permiso al Cardenal de Lyon para entrar a rezar en la pequeña iglesia románica.

A partir de aquí nos situamos ya en la actualidad. Nos dijo que guardáramos en el coche la tienda de campaña, más propia de un camping que de un monasterio. Dormiríamos en la "maison jaune", regido por monjas calvinistas. Comeríamos en otro lugar, a cargo de Dominicas de San Andrés. Nos recomendó que nos levantáramos a las 5.30h y asistiéramos a la misa ortodoxa en la correspondiente cripta. (en la celebración estuvimos únicamente nosotros cuatro y no entendimos absolutamente nada, ni siquiera cuando se rezó el Padrenuestro). Cuando quisiéramos podíamos celebrar la misa en la cripta católica. Por la tarde a las 17.30, en la pequeña iglesia románica, podíamos asistir a la Eucaristía de la comunidad, encontraríamos a algunos hermanos y seguramente a otros forasteros visitantes. (confieso que al llegar el momento de la comunión, un monje dijo que quienes quisieran comulgar permanecieran de pie. Me costó mucho sentarme, pero debía obrar así. En un encuentro posterior, el monje nos decía: deseamos la unión de las Iglesias, pero no pretendemos que se haga aquí en Taizé)

Sabíamos las horas de la plegaria. Asistimos, por supuesto. Los cánones repetidos múltiples veces en diferentes lenguas y los largos silencios, se cuelan en el interior del corazón, y brota, quieras o no, la adoración. A las 19h nos esperaba él en la pradera y sentados en la hierba, comentando la jornada, hablamos de la Iglesia y las Iglesias. En las liturgias habíamos sufrido tal separación. Era preciso pasar por esta pena para ser conscientes de la maldad de la separación, me decía Fr. Robert. Esta es la excelente experiencia del Taizé de los años sesenta, de la realidad posterior, también preciosa, en todo caso, escribiré otro día